

Un corazón que volaba al viento

3kkla



Capítulo 1

Empezó todo con un corazón que vagaba al viento. Él no sabía de donde venía, no sabía de donde había salido ni por qué había salido de allí. Flotó lo que a él le pareció una eternidad, en ese momento él no sabía que la eternidad era mucho más grande. Calló al suelo, rodó. Volvió a alzarse, volvió a caer. Lo hizo tantas veces que llegó a creer que estaría así para siempre, que estaría así hasta que el mundo lo desgastara tanto que dejara de ser un pequeño y robusto corazón para ser algo más pequeño y frágil. En ese entonces él no sabía lo que era ser pequeño, ni lo que era ser robusto o frágil, pero creía saberlo. Y se quedó quieto, el viento dejó de moverlo y por fin cesó esa alocada y repetitiva carrera de la que no quería ser partícipe. Pero la quietud resultó ser aburrida, resultó que le gustaba más volar, rodar, arrastrarse, pero ya era tarde. Pasó lo que él volvió a creer que era una eternidad, y al lado de esa primera eternidad que pasó en movimiento esta le pareció inmensa. Él seguía sin saber lo que era la eternidad. Le cubrió el tiempo, lo arropó con un suave manto y le dio paciencia. Pasó más tiempo, el viento movió cosas pero a él no, y decidió que mejor que seguir soñando con volar era mejor enterrarse, era mejor visitar a la vieja madre de todos.

Y pasó lo que él creyó por tercera vez que era una eternidad. Él siguió sin saber que la eternidad era mucho más profunda que aquello. Bajó, se enterró, cavó hondo hasta que le pareció que si bajaba más jamás podría volver a subir. Le llamó el agua, le llamó la tierra, le llamó la vida que en ellos se encerraba. Y él les escuchó. Ellos le contaron historias y él dejó que ellos entraran en su corazón, ellos le hicieron reír, le hicieron soñar, le hicieron sonreír, le hicieron saber que estaba destinado a mucho más. Y entraron, le llenaron con su vida, el agua le bañó de su frescura y la tierra le aportó su fuerza. Y con ellos creció. Añoraba el cielo, aún no sabía lo que era añorar, una vez lo supiera echaría de menos esos alegres inicios. Pero no creció solo hacia arriba, le debía mucho a la tierra y decidió que no solo crecería hacia arriba sino también hacia lo profundo, que hundiría sus raíces en la sabiduría que la madre atesoraba. Y pasó una cuarta eternidad, y él empezó a entender que la eternidad era mucho más grande de lo que él había creído tres veces.

Se estiró, creció, se volvió más grande y empezó a abarcarlo todo. Aprendió de la tierra y bebió del agua que por ella corría. Y regresó al cielo, volvió a sentir el aire, volvió a notar su suave murmullo, volvió a sentir el suave roce de su movimiento. Creció más a fin de sentirlo mejor. Y escuchó no solo al viento que una vez le llevó en sus brazos sino al sol que lo llamaba desde lo alto. Pero le invadió la duda, aún no sabía lo que era la duda, pero le llenó de frustración, tampoco sabía aún lo que significaba estar frustrado. Así que siguió al sol, poco a poco, cada vez más alto, él seguía sin saber lo que era ser alto. Cansado, exhausto, agotado de tanto esfuerzo llamó al sol, le pidió ayuda, le suplicó que le

dijera qué debía hacer para llegar hasta él. Y el sol se lo dijo, él se alegró, y fue lo primero que supo que era definitivo, esa vez supo que esa alegría era de verdad. Sacó una primera y diminuta hoja, la asomó con timidez, se la mostró al sol con la cabeza gacha esperando que le gustara, y así fue, el sol le sonrió y el sintió que la alegría que había sentido antes había sido pequeña e insignificante.

El sol se puso, bajó de las alturas y lo sumió todo en tinieblas pero antes le prometió que volvería. Él se puso triste, la oscuridad le asustaba, le llenaba de temor, podía pasar cualquier cosa si el sol no estaba allí con él. Pero se acordó de la tierra, y decidió seguir cavando, siguió bebiendo del agua que fluía a través de ella. Volvió el sol y él se alegró. Siguió creciendo, hacia arriba intentando alcanzar al sol y hacia abajo intentando entender todo lo que la tierra sabía. Y ellos le enseñaron, la tierra le contó lo que había pasado, le enseñó historias, le contó como había nacido todo y como se había formado el mundo, le contó historias de sus hermanos, de como ellos crecieron igual que él hacía ya mucho tiempo. El sol le contó lo que pasaba en ese momento, le describió a sus hermanos creciendo a lo lejos e hizo que las aves volaran sobre él.

Y así pasó una eternidad, y esta eternidad fue aún mayor que las demás, por el día él conversaba con el sol y por la noche aprendía de la tierra. El pequeño y verde tallo se recubrió de cada vez más duros círculos para crecer alto, las hojas se multiplicaron para escuchar cada vez mejor al sol y las raíces se hicieron más gruesas y profundas para aprender de la tierra. Aprendió sobre todo y todos. Aprendió lo que significaba una eternidad al ver pasar los días, aprendió lo que era la alegría cuando un pequeño pájaro decidió poner en él su nido, aprendió lo que era la tristeza al saber que nunca podría alcanzar al sol ni entender a la tierra, aprendió a conformarse, a tener paciencia, a querer, a soñar. Y decidió, decidió una sola vez, pero para siempre, decidió que quería que otros aprendieran lo que él, que otros hablaran con el sol, vieran pasar los días, aprendieran de la tierra y bebieran del agua, que el viento les meciera, que vieran pasar el tiempo, que sonrieran como él sonrió al hablar con el sol por primera vez o que se fascinaran como él se fascinó cuando la tierra le enseñó. E hizo un pequeño corazón, sonrió al verlo tan pequeño, tan inocente, como él había sido hacía una eternidad. Y dejó que el viento se lo llevara.